

LA ESPERANZA DE ZURI

El ruido y las peleas que ocasionaban las fiestas no le agradaban a Zuri. Él tenía una idea mejor.

DATOS DE INTERÉS

☛ México es el quinto país más grande del hemisferio occidental. La capital es la Ciudad de México, que tiene aproximadamente 20 millones de habitantes. Una quinta parte de los habitantes de México viven en la capital o en sus alrededores.

☛ Más de 107 millones de habitantes viven en México, de los cuales 431.000 son Adventistas del Séptimo Día. Es decir, un adventista por cada 250 personas. Pero en algunas áreas hay únicamente un adventista por cada 900 habitantes.

Zuri es un aldeano que vive en la sierra, en la región central de México. Como la mayoría de las aldeas, la de Zuri celebra cada año sus festivales religiosos y seculares. En dichas fiestas, la gente acostumbra comer, beber, reír, y bailar. Durante todo el año todos los días trabajan muy duro, y cuando es tiempo de celebraciones la gente prefiere olvidar sus problemas y divertirse. A los aldeanos les gustan mucho esas fiestas, pero a Zuri no le atraen.

En muchos de los festivales, el padre y sus amigos se emborrachaban. Empezaban a pelear, y por lo general, alguien salía lastimado. A Zuri no le agradaba como se comportaba su padre cuando tomaba. Tampoco le gustaban el ruido y las peleas que implicaban las fiestas. En una ocasión, después de una fiesta, Zuri le comentó a su padre cuánto las detestaba.

—¿Pero qué le podemos hacer? —le preguntó el padre—. Ya ves que aquí vivimos.

La sugerencia de Zuri

—Podríamos ir a la iglesia adventista el día que haya algún festival —sugirió Zuri—. Esa gente se divierte, pero no toman ni bailan, y nadie sale lastimado.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó el padre.

—Los he visto —dijo Zuri—. Tienen noches de juegos y todos se divierten. Y he asistido a unos programas donde cantan mucho. Es muy agradable.

Zuri decidió no contarle a su padre que había ido al río a ver los bautismos de la Iglesia Adventista. Había escuchado cómo cantaban los himnos mientras el pastor bautizaba a las personas. Zuri apreciaba a esta gente. Se sentía bien al pasar

tiempo con ellos. El papá conocía la Iglesia Adventista y respetaba a los creyentes. Le dijo a Zuri que si él deseaba, podía asistir a los programas de la iglesia.

Zuri asiste a la iglesia

El sábado siguiente Zuri fue a la Escuela Sabática. Le gustó mucho el programa de los niños y decidió ir cada semana. Después se enteró que la iglesia tenía reuniones por las tardes entre semana, y asistió también a esos servicios. Le gustaba sentarse en la fila delantera donde podía apreciar a los guitarristas que tocaban y cantaban. Zuri tenía esperanzas de también poder tocar la guitarra algún día. Pero, mientras tanto, podía cantar con ellos.

Unos meses después, Zuri invitó a sus padres a asistir a los sociales de la iglesia. Fueron con él y los disfrutaron mucho. Después los invitó a las reuniones regulares, y ellos aceptaron acompañarlo. Les encantaron los programas y estuvieron muy felices de ver cómo los miembros habían aceptado a su hijo Zuri en su círculo de amigos.

El deseo de Zuri

Un día el pastor anunció que pronto habría bautismos. Zuri recordó haber visto los bautismos en el río. Quería bautizarse y ser parte de la familia de Dios.

Zuri le pidió permiso a su papá para bautizarse. Pero su padre le dijo que estaba demasiado joven y que era una decisión para adultos. Zuri le preguntó al pastor si tenía que ser adulto para ser bautizado. El pastor le respondió que quien quiera que deseara bautizarse y seguir a Cristo tenía derecho de hacerlo. Zuri corrió a la casa y les contó a sus padres lo que le había dicho el pastor. Y los padres le dieron permiso para que se bautizara.

El sábado, Zuri le informó al pastor que sus padres le habían dado permiso para que se bautizara. El pastor le habló de las creencias de los adventistas y lo que Dios espera de cada uno de nosotros. Zuri escuchaba con entusiasmo lo que significaba ser un adventista.

El día del bautismo, Zuri apresuró el paso hacia el río con un bulto de ropa seca. En otros tiempos había mirado los bautismos desde la orilla del río; ahora era el turno de sus padres observar el suyo.

Zuri animaba a su familia que asistiera a la iglesia cada sábado. Unos meses después, Zuri se encontraba a la orilla del río contemplando un bautismo. Esta vez eran su papá y su mamá quienes se bautizaban.

Ahora Zuri está feliz de ver que toda su familia es adventista. Cuando llega el tiempo de los festivales, su papá ya no se emborracha ni se mete en pleitos. En cambio, la familia entera pasa el día con sus nuevos hermanos y hermanas adventistas. Es mucho mejor formar parte de la hermosa familia de la casa del Señor.



Nuestras ofrendas de este trimestre ayudarán a construir nuevas iglesias y brigadas por todo el centro de México, para que más personas puedan ser parte de la familia de Dios.